

**<Se ruega no hacer circular este material  
sin consentimiento de la editorial Marcial Pons>**

## **MATERIAL PARA LA CUARTA SESIÓN DEL SEMINARIO "MOISHE POSTONE: MARX, MÁS ALLÁ DEL MARXISMO"**

### **ACLARACIÓN SOBRE EL MATERIAL:**

El texto de la sesión se corresponde con el capítulo 8 "La dialéctica entre el trabajo y el tiempo" del libro de Moishe Postone (2006) *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*, Marcial Pons, colección Politopías, Madrid, pp. 373-397 [la paginación de este documento no se corresponde con la del original]

Para preparar la cuarta sesión se recomienda, al menos, la lectura de los apartados "**Tiempo abstracto y tiempo histórico**" y "**La dialéctica de la transformación y la reconstitución**" de este capítulo.

### **8. LA DIALÉCTICA ENTRE EL TRABAJO Y EL TIEMPO.**

Así pues, Marx, al desplegar la categoría de capital, relaciona la dinámica histórica de la sociedad capitalista, así como la forma industrial de producción, con la estructura de dominación abstracta constituida por el trabajo cuando éste es tanto una actividad productiva, como una actividad socialmente mediadora. Especificaré ahora esta relación examinando más detalladamente cómo, según la crítica de Marx, las formas sociales fundamentales del capitalismo conforman el carácter tanto de esta dinámica histórica, como de esta clase de producción. Sin embargo, en lugar de hacerlo investigando directamente el análisis que Marx hace del ámbito de la producción, debatiré los rasgos estructurales más destacados de dicho ámbito, dando, en primer lugar, "un paso atrás", por así decirlo, y considerando más a fondo las implicaciones de las categorías iniciales del análisis de Marx. Esto aclarará determinadas características importantes de la forma capital que podrían no ser evidentes si examinara el ámbito de la producción más directamente. En concreto, ello me permitirá elaborar la importancia central de la dimensión temporal del valor para el análisis de Marx. Tal enfoque esclarecerá la especificidad de la dinámica del capital y allanará el terreno para articular la comprensión de Marx de la constitución social del proceso de producción. Una vez analizado el carácter determinado de la dinámica del capitalismo a este nivel fundamental, volveré, en el Capítulo 9, a examinar a la luz de este análisis aspectos

centrales del tratamiento que da Marx al ámbito de la producción.

Al considerar en primer lugar las implicaciones de las categorías iniciales de Marx para un análisis de la dinámica del capital y del proceso de producción, la interpretación presentada en este capítulo estará en condiciones de situar claramente la contradicción básica de la sociedad capitalista —y, por ende, la posibilidad de una crítica social y una oposición práctica— en las formas sociales dicotómicas aprehendidas por las categorías marxianas, más que entre estas formas sociales y el “trabajo”.

Este enfoque dejará claro cómo mi reinterpretación de las categorías básicas de Marx funda una reconceptualización de la naturaleza del capitalismo y, en particular, de su dinámica contradictoria, de manera tal que no privilegia las consideraciones del mercado y la propiedad privada de los medios de producción. Ofrece la base para analizar la relación intrínseca entre el capital y la producción industrial, así como para investigar la posible relación entre el desarrollo del capital y la naturaleza y desarrollo de otras instituciones burocráticas a gran escala y organizaciones de la sociedad capitalista post-liberal. (Una investigación basada en esta interpretación fundamentaría socialmente y especificaría históricamente, estas instituciones y organizaciones y, al hacerlo, ofrecería la base para una distinción entre los mecanismos económicos y administrativos ligados o relacionados con la forma capital, y aquellos que seguirían siendo necesarios aunque se aboliese el capital.)

### **La dinámica inmanente**

Hasta ahora me he centrado en la importancia para la teoría crítica de Marx de su concepción del carácter dual de las formas sociales fundamentales de la sociedad capitalista, y he tratado de esclarecer la naturaleza y distinguir entre la dimensión de valor de las formas (trabajo abstracto, valor, tiempo abstracto) y su dimensión de valor de uso (trabajo concreto, riqueza material, tiempo concreto). En este punto, puedo examinar sus interrelaciones. La no identidad de estas dos dimensiones no es simplemente una oposición estática, sino que los dos momentos del trabajo en el capitalismo, como actividad productiva y como actividad socialmente mediadora, están más bien mutuamente determinados de un modo tal que da lugar a una dinámica dialéctica inmanente. Habría que señalar que la siguiente investigación de la relación dinámica entre productividad y valor presupone un capitalismo plenamente desarrollado. Esta relación es el núcleo de una pauta que sólo se justifica plenamente

con la aparición, como forma dominante, del plusvalor relativo.

Al examinar la trascendencia de la distinción entre trabajo concreto y trabajo abstracto en términos de la diferencia entre riqueza material y valor, he mostrado que, aunque la productividad incrementada (que Marx considera un atributo de la dimensión valor de uso del trabajo) aumenta el número de productos y, por tanto, la cantidad de riqueza material, no altera la magnitud del valor total producido dentro de una determinada unidad de tiempo. Así pues, la magnitud del valor parece estar únicamente en función del gasto de tiempo de trabajo abstracto, completamente independiente de la dimensión de valor de uso del trabajo. No obstante, detrás de esta oposición se encuentra una interacción dinámica entre las dos dimensiones del trabajo determinado por la mercancía, como resulta evidente cuando se examina detalladamente el siguiente ejemplo:

Tras la adopción en Inglaterra del telar de vapor, por ejemplo, bastó más o menos la mitad de trabajo que antes para convertir en tela determinada cantidad de hilo. Para efectuar esa conversión, el tejedor manual inglés necesitaba emplear ahora exactamente el mismo tiempo de trabajo que antes, pero el producto de su hora individual de trabajo representaba únicamente media hora de trabajo social, y su valor disminuyó, por consiguiente, a la mitad del que antes tenía<sup>1</sup>.

Marx introduce este ejemplo en el primer capítulo del Volumen 1 de *El Capital* para ilustrar su noción del tiempo de trabajo socialmente necesario como medida del valor. Su ejemplo indica que cuando la mercancía es la forma general del producto, las acciones de los individuos constituyen una totalidad alienada que los limita y subsume. Al igual que hacía más generalmente su exposición del valor en el Volumen 1, este ejemplo opera a escala de la totalidad social.

Es significativo para nuestros propósitos que esta determinación inicial de la magnitud del valor también implique una dinámica. Asumamos que antes de la introducción del telar de vapor un tejedor manual medio produjera 20 yardas de tela en una hora, produciendo un valor de  $x$ . Cuando se introdujo el telar mecánico, que duplicaba la productividad, la mayor parte de los tejidos seguían haciéndose a mano. Por consiguiente, el estándar de valor —el tiempo de trabajo socialmente necesario— seguía determinado por el tejido manual. La norma seguía siendo 20 yardas de tela a la hora. Por tanto, las 40 yardas de tela producidas en una hora con el telar mecánico tenían un valor de  $2x$ . Sin embargo, una vez generalizado, el nuevo modo de tejer dio origen a una nueva norma de tiempo de trabajo socialmente necesario: el tiempo de trabajo normativo para la

---

<sup>1</sup> Marx, K., *Capital*, vol. 1, traducción de Ben Fowkes (Londres, 1976), pág. 129 [48].

producción de 40 yardas se redujo a una hora. Dado que la magnitud del valor producido está en función del tiempo gastado (socialmente medio), más que del volumen de bienes producido, el valor de las 40 yardas de tela producidas en una hora con el telar mecánico cayó de  $2x$  a  $x$ . Los tejedores que siguieron usando el método antiguo, ahora anacrónico, seguían produciendo 20 yardas de tela a la hora, pero recibían sólo  $\frac{1}{2}x$  —el valor de una media hora socialmente normativa— por su hora de trabajo individual.

Aunque un incremento de la productividad genera más *riqueza material*, el nuevo nivel de productividad, una vez generalizado, produce la misma cantidad de *valor* por unidad de tiempo, tal y como era el caso antes de su incremento. Según Marx, al discutir las diferencias entre el valor y la riqueza material, señalé que el valor total producido por una hora de trabajo social permanece constante: “El mismo trabajo, pues, por más que cambie la fuerza productiva, rinde siempre la misma magnitud de valor en los mismos espacios de tiempo”<sup>2</sup>. No obstante, este ejemplo indica claramente que algo se modifica con los cambios en la productividad: no sólo la productividad incrementada arroja una mayor cantidad de riqueza material, sino que efectúa una reducción del tiempo de trabajo socialmente necesario. Dada la medida temporal abstracta del valor, esta redeterminación del tiempo de trabajo socialmente necesario cambia la magnitud del valor de las mercancías individuales producidas y no el valor total producido por unidad de tiempo. Este valor total permanece constante y, simplemente, es distribuido entre una masa más grande de productos cuando la productividad se incrementa. En el contexto de un sistema caracterizado por un tipo temporal abstracto de riqueza, esto, sin embargo, implica que la reducción del tiempo de trabajo necesario redetermina la hora de trabajo social normativa. La hora de trabajo social, en este ejemplo, se determinaba por el tejido manual en términos de la producción de 20 yardas de tela. Luego fue redeterminada por el tejido mecánico en términos de la producción de 40 yardas de tela. Entonces, aunque un cambio en la productividad social general no transforme la cantidad total de valor producido según unidades abstractas de tiempo, transforma la determinación de estas unidades de tiempo. Únicamente la hora de tiempo de trabajo en la que se cumple el estándar general de tiempo de trabajo necesario cuenta como una hora de trabajo social. En otras palabras, *la hora de trabajo social está constituida por el nivel de la productividad*. (Adviértase que esta determinación no puede ser expresada en términos de tiempo abstracto. Lo que ha cambiado no es la *cantidad* de tiempo que

---

<sup>2</sup> Ibid., pág. 137 [57].

arroja un valor de  $x$  sino, más bien, el *estándar* de aquello que constituye esa cantidad de tiempo.)

Así pues, la productividad —la dimensión valor de uso del trabajo— no altera el valor total producido por unidad de tiempo abstracto, determinando, sin embargo, a la propia unidad de tiempo. De este modo, nos encontramos enfrentados con la siguiente paradoja aparente: la magnitud del valor está únicamente en función del gasto de trabajo tal y como es medido por una variable independiente (el tiempo abstracto), aunque la misma unidad constante de tiempo aparece aparentemente como una variable dependiente, como una variable redeterminada por los cambios en la productividad. El tiempo abstracto, entonces, no resulta sólo constituido socialmente como una clase cualitativamente determinada de tiempo, sino que se encuentra cuantitativamente constituido también: aquello que constituye una hora de trabajo social está determinado por el nivel general de productividad, por la dimensión del valor de uso. No obstante, aunque la hora de trabajo social sea redeterminada, permanece constante como unidad de tiempo abstracto.

Investigaré la dimensión temporal de esta paradoja más adelante, pero en este punto deberíamos destacar que el ejemplo de Marx implica que las dos dimensiones de la forma mercancía interactúan. Por un lado, el incremento de la productividad redetermina el tiempo de trabajo socialmente necesario y, por ello, transforma las determinaciones de la hora de trabajo social. Esto es, la constante temporal abstracta que determina el valor está, ella misma, determinada por la dimensión del valor de uso, por el nivel de productividad. Por otro lado, aunque la hora de trabajo social esté determinada por la productividad general del trabajo concreto, el valor total arrojado en esa hora permanece constante, con indiferencia del nivel de la productividad. Esto implica que cada nuevo nivel de productividad, una vez se ha convertido en socialmente general, no sólo redetermina la hora de trabajo social sino que, a su vez, es redeterminado por esa hora como el “nivel básico” de la productividad. La cantidad de valor por unidad de tiempo abstracto rendida por el nuevo nivel de productividad es igual a la rendida por el antiguo nivel general de productividad. En este sentido, el nivel de productividad, la dimensión del valor de uso, está también determinada por la dimensión del valor (en tanto que nuevo nivel básico).

Este proceso de determinación recíproca de las dos dimensiones del trabajo social en el capitalismo se da a escala de la sociedad como un todo. Se produce en el corazón de la dinámica dialéctica intrínseca a la totalidad social constituida por el trabajo determinado por la mercancía. La peculiaridad de esta dinámica —y esto es crucial— reside en su *efecto*

*rutina*. La productividad incrementada aumenta la cantidad de valor producido por unidad de tiempo, hasta que esta productividad se vuelve generalizada; en ese punto la magnitud de valor generada en este período de tiempo, merced a su determinación abstracta y general, vuelve a caer a su nivel previo. Ello da como resultado una nueva determinación de la hora social de trabajo y un nuevo nivel de base de la productividad. Lo que emerge, pues, es una dialéctica de la transformación y la reconstitución: los niveles socialmente generales de productividad y las determinaciones cuantitativas del tiempo de trabajo socialmente necesario cambian, aunque estos cambios reconstituyan el punto de partida, esto es, la hora de trabajo social y el nivel básico de la productividad.

Este efecto rutina implica, incluso en el nivel lógico-abstracto del problema de la magnitud del valor —en otras palabras, antes de que hayan sido introducidas la categoría de plusvalor y la relación entre el trabajo asalariado y el capital—, una sociedad que es direccionalmente dinámica, como queda expresado por la deriva hacia niveles de productividad siempre incrementados. Como hemos visto, la productividad incrementada aumenta a corto plazo la cantidad de valor arrojada por unidad de tiempo, lo que induce a la adopción general de los nuevos métodos de producción<sup>3</sup>. Sin embargo, una vez se generalizan estos métodos, el valor generado por unidad de tiempo retorna a su nivel previo. En efecto, los productores que aún no habían adoptado estos nuevos métodos se ven ahora *forzados* a hacerlo. La introducción de métodos aún más novedosos para incrementar la productividad ocasiona ulteriores incrementos a corto plazo en el valor. Una consecuencia de la medida de la riqueza según el tiempo de trabajo es, entonces, que la constante temporal es redefinida por la productividad incrementada, lo que induce, a su vez, a una todavía mayor productividad. El resultado es una dinámica direccional en la cual las dos dimensiones, trabajo concreto y trabajo abstracto, la productividad y la medida temporal abstracta de la riqueza, se redeterminan constantemente la una a la otra. Dado que, en este estadio del análisis, no podemos explicar la necesidad de que el capital se acumule constantemente, la dinámica aquí esbozada no representa la lógica histórica inmanente plenamente desarrollada del capitalismo. Sí representa, no obstante, la especificación inicial de esta lógica y esboza

---

<sup>3</sup> Al respecto, y como ya he debatido, según Marx, las personas en el capitalismo no actúan directamente sobre la base de consideraciones relativas al valor, sino que sus acciones quedan más bien conformadas por consideraciones relativas al precio. Por lo tanto, un análisis completo de la dinámica estructural subyacente del capitalismo, tal como es aprehendida por la crítica de la economía política, tendría que mostrar cómo los individuos constituyen esta dinámica sobre la base de sus formas de aparición. No obstante, dado que mi intención aquí es únicamente esclarecer —en un nivel lógico muy abstracto— la naturaleza de esta dinámica estructural, no trataré tales consideraciones de la relación entre estructura y acción.

la forma que el crecimiento *debe* adoptar en el contexto de las relaciones sociales mediadas por el trabajo.

La determinación recíproca de la productividad incrementada y de la hora social de trabajo tiene un objetivo, una cualidad de ley, que no es en ningún caso una mera ilusión o mistificación. Aunque social, es independiente de la voluntad humana. En tanto que se puede hablar de una “ley del valor” marxiana, esta dinámica rutinaria es su determinación inicial: como veremos, describe una pauta de transformación y reconstitución social permanente como característica de la sociedad capitalista. La ley del valor, entonces, es dinámica y no puede ser comprendida adecuadamente en términos de una teoría del equilibrio del mercado. Una vez considerada la dimensión temporal del valor —entendida como clase específica de riqueza que difiere de la riqueza material— resulta evidente que la forma del valor implica la dinámica anterior desde el principio.

Nótese que el modo de circulación mediado por el mercado *no* es un momento esencial de esta dinámica. Lo que es esencial para la dinámica del capitalismo, una vez ésta ha sido completamente constituida, es el efecto rutina, el cual se enraíza en la dimensión temporal de la forma valor de la riqueza exclusivamente. Si el modo de circulación mercantil juega un papel en esta dinámica es como un momento subordinado de un desarrollo complejo —por ejemplo, como el modo por el que se generaliza el nivel de productividad<sup>4</sup>. Sin embargo, que tal generalización desemboque en un retorno de la cantidad de valor a su nivel original *no* está en función del mercado, sino que está en función de la naturaleza del valor como forma de la riqueza, y es esencialmente independiente del modo por el cual cada nueva redeterminación del marco abstracto temporal resulte generalizada. Como veremos, esta pauta es un momento central de la clase de crecimiento que Marx asocia a la categoría de plusvalor. Centrarse exclusivamente en el modo de circulación supone desviar la atención en la teoría crítica de Marx de las importantes implicaciones de la forma mercancía para la trayectoria del desarrollo capitalista.

Esta investigación de las determinaciones abstractas de la dinámica del capitalismo sugiere que, aunque el modo mercantil de circulación puede haber sido necesario para la génesis histórica de la mercancía como forma social totalizadora, no es necesario que siga siendo esencial para dicha forma. Es concebible que otro modo de

---

<sup>4</sup> En otro nivel, y según Marx, la competencia mercantil también sirve para generalizar e igualar la tasa de ganancia: ver *Capital*, vol. 3, págs. 273-301 [219-251].

coordinación y generalización —uno administrativo, por ejemplo— pueda desempeñar una función similar para esta forma social contradictoria. En otras palabras, una vez establecida, la ley del valor también podría ser mediada políticamente. Así pues, una implicación de este análisis lógico-abstracto consiste en que la abolición del modo mercantil de coordinación y la superación del valor no son idénticas.

Antes describimos la categoría de capital como una forma social dinámica. Ahora hemos empezado a examinar más detalladamente la naturaleza de su carácter dinámico y a señalar cómo, en definitiva, está enraizado en la interacción entre valor y riqueza material, trabajo abstracto y concreto —esto es, la interacción de las dos dimensiones de la forma mercancía. Esta dinámica representa los primeros esbozos de la lógica histórica inmanente del capitalismo, la cual resulta del carácter alienado y de la determinación temporal de las relaciones sociales mediadas por el trabajo. Presagia, abstractamente, una característica central del capital, es decir, que debe acumular constantemente para existir. La transformación es la condición de su existencia.

### **Tiempo abstracto y tiempo histórico**

He comenzado a examinar ahora cómo la interacción dialéctica entre la dimensión de valor de uso del trabajo social en el capitalismo y su dimensión de valor genera una dinámica histórica. La interacción entre las dos dimensiones de la forma mercancía también puede ser analizada en términos temporales, en referencia a una oposición entre tiempo abstracto y una modalidad de tiempo concreto peculiar del capitalismo. Para esclarecer la relevancia de esta oposición extrapolaré también sus implicaciones a un nivel socialmente más concreto.

Como hemos visto, la interacción entre las dos dimensiones de la forma mercancía envuelve una redeterminación sustantiva de una constante temporal abstracta. Esta medida temporal abstracta del valor permanece constante, si bien presenta un contenido social cambiante, si bien oculto: no toda hora es una hora —en otras palabras, cada hora de trabajo no cuenta como una hora de trabajo social que determina la magnitud del valor total. Por tanto, la constante temporal abstracta es a la vez constante y no constante. En términos temporales abstractos, la hora de trabajo social permanece constante como medida del valor total producido; en términos concretos, cambia al mismo tiempo que la productividad. No obstante, dado que la medida del valor permanece como la unidad temporal abstracta, su redeterminación concreta no se expresa en esta unidad como tal. La productividad incrementada se

expresa, indudablemente, en el decrecimiento proporcional del valor de cada mercancía particular producida —pero no en el valor total producido cada hora. Con todo, el nivel histórico de productividad se refiere al valor total producido, si bien lo hace indirectamente: determina el trabajo socialmente necesario requerido para producir una mercancía. Esta norma temporal, a su vez, determina aquello que constituye una hora de trabajo social. Se esclarece así el hecho de que, con los incrementos de la productividad, la unidad de tiempo se vuelva “densa” en términos de producción de bienes. Sin embargo, esta “densidad” no se manifiesta en la esfera de la temporalidad abstracta, en la esfera del valor: la unidad temporal abstracta —la hora— y el valor total producido permanecen constantes.

El que el marco temporal abstracto permanezca constante a pesar de ser sustantivamente redeterminado es una paradoja aparente que ya he señalado. Esta paradoja no puede resolverse dentro del marco del tiempo abstracto newtoniano. Por el contrario, supone otra clase de tiempo como marco supraordenado de referencia. Como hemos visto, el proceso por el que la hora constante se vuelve “más densa” —esto es, el cambio sustantivo ejercido por la dimensión del valor de uso— permanece sin manifestarse en términos del marco temporal abstracto de valor. Puede, sin embargo, expresarse en otros términos temporales, en relación con un tipo de temporalidad concreta.

Para elaborar el carácter de esta otra clase de tiempo, he de examinar más a fondo la interacción entre el valor de uso y las dimensiones de valor del trabajo en el capitalismo. En cierto sentido, los cambios en la productividad mueven la determinación del tiempo de trabajo socialmente necesario a lo largo de un eje temporal abstracto: el tiempo de trabajo socialmente necesario disminuye al incrementar la productividad. Pero, aunque la hora de trabajo social quede así redeterminada, ésta no se mueve a lo largo de este eje, ya que se trata de su propio eje de coordenadas, del marco en relación al cual se mide el cambio. La hora es una unidad constante de tiempo abstracto, ha de permanecer fija en términos temporales abstractos. Por tanto, cada nuevo nivel de productividad es redeterminado “nuevamente” como nivel de base, produciendo la misma proporción de valor. No obstante, se ha alcanzado de hecho un nuevo nivel de productividad, aunque sea redeterminado como el mismo nivel de base. Y, si bien este desarrollo sustantivo no puede cambiar la unidad temporal abstracta en términos del propio tiempo abstracto, sí cambia la “posición” de dicha unidad. Todo el eje temporal abstracto, o marco de referencia, se mueve con cada aumento socialmente general en la productividad; tanto la

hora de trabajo social como el nivel de base de productividad movidos “adelante en el tiempo”.

Este movimiento resultante de la redeterminación sustantiva del tiempo abstracto no puede expresarse en términos abstracto-temporales, sino que requiere de otro marco de referencia. Este marco puede ser concebido como un modo de tiempo concreto. Antes he definido el tiempo concreto como una especie de tiempo que es una variable dependiente —está en función de los acontecimientos o las acciones. Hemos visto que la interacción entre las dos dimensiones del trabajo determinado por la mercancía es tal que los incrementos, socialmente generalizados, de la productividad mueven la unidad temporal abstracta “hacia delante en el tiempo”. La productividad, según Marx, se fundamenta en el carácter social de la dimensión de valor de uso del trabajo<sup>5</sup>. Por tanto, este movimiento del tiempo está en función de la interacción entre la dimensión del valor de uso con el marco del valor, y puede ser comprendida como una especie de tiempo concreto. Al investigar la interacción entre el trabajo concreto y el abstracto, que se ubica en el núcleo del análisis de Marx del capital, hemos descubierto que *un rasgo del capitalismo consiste en un modo de tiempo (concreto) que expresa el movimiento del tiempo (abstracto)*.

Así pues, la dialéctica entre las dos dimensiones del trabajo en el capitalismo puede entenderse temporalmente como una dialéctica entre dos formas del tiempo. Como hemos visto, de la dialéctica entre el tiempo concreto y el abstracto resulta una dinámica intrínseca caracterizada por una peculiar pauta rutinaria. Ya que cada nuevo nivel de productividad es redeterminado como un nuevo nivel de base, esta dinámica tiende a convertirse en permanente y está marcada por niveles de productividad siempre crecientes. Considerada temporalmente, esta dinámica intrínseca del capital, con su pauta rutina, implica un movimiento direccional continuo del tiempo, un “fluir de la historia”. En otras palabras, el modo de tiempo concreto que estamos examinando puede ser considerado como *tiempo histórico*, tal y como éste es constituido en la sociedad capitalista.

El tiempo histórico al que me refiero difiere, claramente, del tiempo abstracto, aunque ambos quedan constituidos socialmente con el desarrollo de la mercancía como forma totalizadora. He sostenido que el tiempo abstracto, definido como marco abstracto independiente dentro del que suceden los acontecimientos y acciones, surge de

---

<sup>5</sup> Marx, K., *Capital*, vol. 1, pág. 137 [57].

la transformación de los resultados de la actividad individual, a través de una mediación social total, en una norma temporal abstracta para esa actividad. Aunque la medida del valor es el tiempo, la mediación totalizadora expresada por “el tiempo de trabajo socialmente necesario” no es un movimiento *del tiempo*, sino una metamorfosis del tiempo sustancial en tiempo abstracto *en el espacio*, de lo particular a lo general y viceversa<sup>6</sup>. Esta mediación en el espacio constituye un marco temporal abstracto y homogéneo que es inalterable y sirve como medida del movimiento. La actividad individual se realiza entonces en el tiempo abstracto, y es medida en relación a él, pero no puede cambiar ese tiempo. Aunque los cambios en la productividad mueven históricamente la unidad de tiempo abstracta, ese movimiento histórico no se refleja en el tiempo abstracto. El tiempo abstracto no expresa el movimiento del tiempo, sino que constituye un marco aparentemente absoluto para el movimiento; su “fluir”, uniforme y constante, es, en realidad, estático. Por consiguiente, la cantidad de valor producida por unidad de tiempo, al estar en función de ese tiempo, permanece constante al margen de los cambios en la productividad. Todo el marco es reconstituido pero él mismo no expresa esta reconstitución: el movimiento del marco no queda reflejado directamente en términos de valor.

El tiempo histórico, en esta interpretación, no es un continuo abstracto en el cual se suceden los acontecimientos y cuyo flujo es aparentemente independiente de la actividad humana, sino, más bien, el movimiento *del tiempo*, en oposición al movimiento *en el tiempo*. La totalidad social dinámica expresada por el tiempo histórico es un proceso constituido y constituyente del desarrollo y la transformación social que es direccional y cuyo flujo, en última instancia enraizado en la dualidad de las relaciones sociales mediadas por el trabajo, está en función de la práctica social.

Este proceso histórico tiene muchos aspectos. Consideraré únicamente unas cuantas determinaciones fundamentales de este proceso, si bien todas implican y proveen las bases para los aspectos más concretos de la dinámica analizada por Marx. Según Marx, en primer lugar, como se ha señalado, la dinámica de la totalidad supone el desarrollo permanente de la productividad, un desarrollo que distingue al capitalismo de otras sociedades<sup>7</sup>. Implica cambios permanentes en la naturaleza del trabajo, la producción, la tecnología, y la acumulación de modalidades afines de conocimiento. De modo más

---

<sup>6</sup> Véase Lúkacs, G., “Reification and the Consciousness of the Proletariat”, en *History and Class Consciousness*, trad. Rodney Livingstone (Londres, 1971), pág. 90.

<sup>7</sup> Marx, K., *Capital*, vol. 1, págs. 486-489 [443-47].

general, el movimiento histórico de la totalidad social implica transformaciones masivas y permanentes en el modo de vida social de la mayoría de la población —en los patrones sociales de trabajo y de vida, en la estructura y distribución de clases, la naturaleza del Estado y la política, el tipo de familia, la naturaleza del aprendizaje y la educación, los modos de transporte y comunicación, etc<sup>8</sup>. Más aún, el proceso dialéctico inscrito en el corazón de la dinámica inmanente del capitalismo implica la constitución, difusión y transformación permanente de modalidades de subjetividad, interacciones y valores sociales históricamente determinados. (Todo ello está implícito en la comprensión de Marx de sus categorías como determinaciones de formas de la existencia social, aprehendiendo tanto la objetividad como la subjetividad social en su afinidad intrínseca.) Así pues, el tiempo histórico en el capitalismo puede considerarse como una clase de tiempo concreto que es constituido socialmente y expresa una transformación cualitativa permanente del trabajo y la producción, de la vida social y, más generalmente, de modalidades de conciencia, valores y necesidades. A diferencia del “fluir” del tiempo abstracto, este movimiento del tiempo no es uniforme, sino que cambia e incluso se puede acelerar<sup>9</sup>.

*Así pues, una característica del capitalismo, es la constitución social de dos clases de tiempo —tiempo abstracto y tiempo histórico— que están relacionadas intrínsecamente.* La sociedad basada en el valor, en el tiempo abstracto, se caracteriza, cuando está plenamente desarrollada, por una dinámica histórica permanente (y, por consiguiente, por la difusión de una conciencia histórica). En otras palabras, el análisis marxiano esclarece y fundamenta socialmente el carácter históricamente dinámico de la sociedad capitalista en términos de una dialéctica entre las dos dimensiones de la forma mercancía que puede ser aprehendida como una dialéctica entre tiempo abstracto e histórico. Analiza esta sociedad en términos de formas sociales determinadas que constituyen un proceso histórico de transformación social permanente. Las formas sociales básicas del capitalismo, según Marx, son tales que la gente en esta formación social crea su propia historia —en el sentido de un proceso permanente, direccional, de transformación social. Dado el carácter alienado de estas formas, sin embargo, la historia que constituyen se escapa a su control.

El tiempo histórico, entonces, no es exactamente el fluir del tiempo dentro del cual los acontecimientos tienen lugar, sino que es constituido como una clase de tiempo

---

<sup>8</sup> Ibid., págs. 411-16, 517-44, 575-638 [359-65, 480-510, 544-613].

<sup>9</sup> Así pues, el desarrollo de la forma capital podría servir como punto de arranque para un examen socio-histórico de las cambiantes concepciones del tiempo en Occidente desde el siglo XVII.

concreto. No se expresa por la forma, determinada por el valor, del tiempo como una constante abstracta, como tiempo “matemático”. Hemos visto que la hora de trabajo social se mueve dentro de una dimensión del tiempo histórico que es concreta y no fluye uniformemente. Si bien la unidad temporal abstracta no manifiesta su redeterminación histórica, conserva su forma constante como *tiempo presente*. Por tanto, el fluir histórico existe detrás del marco del tiempo abstracto, pero no aparece dentro de él. El “contenido” histórico de la unidad temporal abstracta permanece tan oculto como lo está el “contenido” social de la mercancía.

No obstante, al igual que este “contenido” social, la dimensión histórica de la unidad temporal abstracta no representa un momento no capitalista, no constituye, en y por sí misma, el punto de vista de una crítica que apunte a un más allá de esta formación social. Al contrario de Lukács —que equipara el capitalismo con las relaciones burguesas estáticas y sitúa la totalidad dinámica, la dialéctica histórica, como el punto de vista de la crítica al capitalismo— la posición desarrollada aquí muestra que la misma existencia de un fluir histórico continuo, “automático”, se encuentra intrínsecamente relacionado con la determinación social del tiempo abstracto. *Ambas* clases de tiempo son expresiones de relaciones alienadas. He sostenido que la estructura de las relaciones sociales características del capitalismo adopta la forma de una oposición cuasi-natural entre una dimensión universal abstracta y una naturaleza “cosificada”. El momento temporal de esa estructura también adopta la forma de una oposición aparentemente no social y no histórica entre una dimensión formal abstracta y una relativa a los procesos concretos. Estas oposiciones, sin embargo, no son entre momentos capitalistas y no capitalistas, sino que, al igual que la ya comentada oposición entre las modalidades de pensamiento positivo-rationales y románticas, permanecen completamente dentro del marco de las relaciones capitalistas.

Antes de examinar más a fondo la interacción de las dos clases de tiempo en el capitalismo, seguiré investigando sus diferencias —en particular, aquellas diferencias entre el tiempo histórico y el marco del tiempo abstracto que son insinuadas por las diferencias entre riqueza material y valor. Como hemos visto, el marco del tiempo abstracto, intrínsecamente relacionado con la dimensión del valor, permanece constante con el incremento de la productividad. La hora de trabajo social en la que la producción de 20 yardas de tela produce un valor total de  $x$  es el equivalente temporal abstracto de la hora de trabajo social en la que la producción de 40 yardas de tela produce un valor total de  $x$ : son unidades equivalentes de tiempo abstracto y, en tanto que normativas,

determinan una magnitud constante de valor. Sin duda, existe una diferencia concreta entre las dos que resulta del desarrollo histórico de la productividad. Tal desarrollo histórico, sin embargo, redetermina los criterios de lo que constituye una hora de trabajo social, no quedando reflejado en la propia hora. Así pues, en este sentido, *el valor es una expresión del tiempo como presente*. Es una medida del gasto inmediato de tiempo de trabajo al margen del nivel histórico de la productividad, así como una norma que impone ese nivel de productividad.

Por otro lado, el tiempo histórico en el capitalismo implica un proceso único de transformación social permanente y está relacionado con los cambios permanentes en el nivel histórico de la productividad: está en función del desarrollo de la dimensión de valor de uso del trabajo en el contexto de una totalidad social determinada por la mercancía. Es significativo que Marx analice la productividad en términos de la dimensión de valor de uso del trabajo (es decir, el carácter social del trabajo concreto) de este modo:

La fuerza productiva del trabajo está determinada (...), entre otras cosas, por el nivel medio de destreza del obrero, el estadio de desarrollo en que se hallan la ciencia y sus aplicaciones tecnológicas, la coordinación social del proceso de producción, la escala y eficacia de los medios de producción, las condiciones naturales<sup>11</sup>.

Esto significa que la productividad del trabajo no está necesariamente ligada al trabajo directo de los operarios, sino que está en función del conocimiento y, también, de la experiencia científica, técnica y organizacional, que Marx concibe como productos socialmente generales del desarrollo humano<sup>12</sup>. Veremos cómo, a su juicio, el capital se despliega históricamente de tal manera que el nivel de productividad resulta cada vez menos dependiente del trabajo inmediato de los trabajadores. Este proceso implica el desarrollo de modalidades socialmente generales de conocimiento y experiencia de manera alienada, que no están en función de, y no pueden ser reducidos a, la destreza y los conocimientos de los productores inmediatos<sup>13</sup>. El movimiento dialéctico del tiempo que hemos considerado representa las determinaciones iniciales del análisis de Marx del despliegue histórico del capital.

Cuando se mide la dimensión de valor de uso del trabajo, se mide —a diferencia de la dimensión del valor— en términos de sus productos, de la cantidad de riqueza material

---

<sup>11</sup> Marx, K., *Capital*, vol. 1, pág. 130 [49].

<sup>12</sup> Marx, K., *Results of the Immediate Process of Production*, trad. Rodney Livingstone, en *Capital*, vol. 1, págs. 1024, 1054 [59-60, 96-96].

<sup>13</sup> Véase, por ejemplo, *Capital*, vol. 1, págs. 443-58, 482, 509, 549 [395-412, 439, 471, 517].

que produce. No estando ligado al trabajo inmediato, no se mide en términos del gasto de tiempo de trabajo abstracto. La medida de la riqueza material también puede tener un aspecto temporal, pero en ausencia del tipo de necesidad temporal asociada a la dimensión del valor, esta temporalidad está en función de la producción sustantiva: la cantidad de tiempo realmente necesario para producir un producto particular. Este tiempo está en función *de* la objetivación y no en función de una norma *para* el gasto. Los cambios en este tiempo concreto de producción que suceden con los desarrollos de la productividad son cambios que reflejan el movimiento histórico del tiempo. Este movimiento es generado por un proceso de constitución social relacionado con una acumulación permanente, alienada, de conocimiento y experiencia técnica, organizativa y científica<sup>14</sup>. Del debate mantenido hasta ahora, se deduce que, en el marco del análisis de Marx, se pueden medir algunas *consecuencias* de esta acumulación —esto es, consecuencias de los desarrollos sociales, intelectuales y culturales que fundamentan el movimiento del tiempo—, ya sea en términos de los cambios en la cantidad de bienes producidos por unidad de tiempo, por ejemplo, o en términos de los cambios en la cantidad de tiempo necesario para producir un producto en particular. Sin embargo, no se pueden medir los *propios* desarrollos históricos: no se los puede cuantificar como variables dependientes de una temporalidad abstracta (esto es, en términos del valor), aunque las exigencias de la forma social del valor moldeen la forma concreta de producción en la que se objetiva la acumulación de conocimiento, experiencia y trabajo. Así pues, el movimiento de la historia puede expresarse indirectamente por el tiempo como variable dependiente. Como movimiento del tiempo, no obstante, no puede aprehenderse por el tiempo abstracto y estático.

Un importante aspecto de la concepción de Marx de la trayectoria de la dinámica histórica de la sociedad capitalista resulta evidente en esta fase inicial de la investigación. Sus categorías fundamentales implican que, con el despliegue de la dinámica dirigida, en última instancia, por la forma mercancía de las relaciones, emerge una creciente disparidad entre, por un lado, los desarrollos del poder productivo del trabajo (que ya no se encuentran necesariamente ligados al trabajo directo de los trabajadores) y, por el otro, el marco del valor en el que estos desarrollos se expresan (el cual *está* ligado a un trabajo semejante). La disparidad entre la acumulación del tiempo histórico y la objetivación del tiempo inmediato de trabajo se vuelve cada vez más

---

<sup>14</sup> Ibid., págs. 482, 510 [439, 472].

pronunciada cuando el conocimiento científico se materializa de manera creciente en la producción. En consonancia con la distinción de Marx entre valor y riqueza material, los poderosos incrementos en la productividad efectuados por la ciencia y la tecnología avanzadas no son, ni pueden ser, estimados adecuadamente en términos de gasto de tiempo de trabajo, ya sea manual o mental —incluido el tiempo requerido para la investigación y el desarrollo, así como la formación de ingenieros y trabajadores cualificados.

Este desarrollo puede entenderse en relación con la categoría de tiempo histórico. Como veremos al considerar la trayectoria de la producción, con el desarrollo de una producción científica y tecnológicamente avanzada, los incrementos en la productividad también expresan la acumulación de una experiencia y trabajo anteriores, socialmente generales, así como los incrementos, frecuentemente discontinuos, en el conocimiento general que se dan sobre la base de este pasado conservado<sup>15</sup>. La dinámica del capitalismo, tal como la aprehenden las categorías de Marx, es tal que con esta acumulación de tiempo histórico, una creciente disparidad aleja las condiciones para la producción de riqueza material de aquellas para la generación de valor. Considerada en términos de la dimensión del valor de uso del trabajo (esto es, en términos de la creación de riqueza material), la producción se convierte cada vez menos en un proceso de objetivación material de las cualificaciones y conocimientos de los productores individuales, o incluso de la clase inmediatamente implicada en ella. Por el contrario, se transforma cada vez más en una objetivación del conocimiento colectivamente acumulado de la especie, de la humanidad —la cual, en tanto que categoría general, se encuentra ella misma constituida por la acumulación del tiempo histórico. En términos de la dimensión del valor de uso, pues, y en tanto que el capitalismo se encuentra plenamente desarrollado, la producción se convierte cada vez más en un proceso de objetivación del tiempo histórico más que del tiempo de trabajo inmediato. Según Marx, no obstante, el valor sigue siendo necesariamente una expresión de esa última objetivación.

### **La dialéctica de la transformación y la reconstitución**

La dinámica histórica característica de la sociedad capitalista, tal y como es analizada

---

<sup>15</sup> Ibid., pág. 508 y ss. [470 y ss.]

por Marx, no resulta lineal sino contradictoria. Apunta más allá de sí misma pero no se autosupera. He examinado, en un nivel abstracto y preliminar, algunas diferencias entre la producción basada en la objetivación del trabajo inmediato y aquella basada en el tiempo histórico. De no ser por el carácter dual de las formas sociales del capitalismo, el desarrollo de la producción podría entenderse simplemente como un desarrollo técnico que implica la sustitución de un modo de producción por otro, según la siguiente pauta histórica: en el transcurso del desarrollo capitalista, un tipo de producción basado en el conocimiento, cualificaciones y trabajo de los productores inmediatos, origina otro tipo, basado en el conocimiento y experiencia acumulados de la humanidad. Con la acumulación del tiempo histórico disminuye gradualmente la necesidad social del gasto inmediato de trabajo humano en la producción. La producción basada en el presente, en el gasto de tiempo de trabajo abstracto, genera así su propia negación —la objetivación del tiempo histórico.

Una serie de teorías de la modernidad —por ejemplo, aquellas de la “sociedad post-industrial”— están basadas en tal comprensión del desarrollo de la producción. Esta comprensión evolutiva no resulta plenamente adecuada para el carácter no lineal del desarrollo histórico de la producción capitalista. Presupone que el tipo de riqueza producido permanece constante y que sólo cambia el método de su producción, entendido únicamente en términos técnicos. En el marco del análisis de Marx, tal desarrollo evolutivo sólo sería posible si el valor y la riqueza material no fuesen tipos muy diferentes de riqueza. Sin embargo, dado el carácter dual de las formas estructurales del capitalismo, este desarrollo representa sólo una tendencia dentro de una dinámica histórica dialéctica mucho más compleja. El análisis de Marx del valor como categoría social estructurante no trata el desarrollo de la producción simplemente como un desarrollo técnico —por el cual un modo de producción basado fundamentalmente en el trabajo humano es reemplazado por uno basado en la ciencia y la tecnología—, aunque no ignora los grandes cambios provocados por la ciencia y la tecnología. Más bien, sobre la base de las distinciones entre valor y riqueza material, trabajo abstracto y concreto (e, implícitamente, tiempo abstracto y concreto), Marx analiza la producción en el capitalismo como un proceso social contradictorio constituido por la dialéctica entre las dos dimensiones de la forma mercancía.

La interacción de estas dos dimensiones es tal que el valor no es simplemente reemplazado por la acumulación del tiempo histórico, sino que resulta continuamente reconstituido como un determinante esencial de la formación social. Este proceso, que

supone la conservación del valor y del modo de dominación social abstracto asociado a él, resulta estructuralmente intrínseco a las formas sociales básicas del capitalismo aprehendidas por las categorías fundamentales de Marx, a pesar del desarrollo de la dimensión del valor de uso. Al examinar las determinaciones más abstractas de la dinámica de la sociedad capitalista en términos de la interacción de estas dos dimensiones, veámos cómo cada nuevo nivel de productividad redetermina la hora de trabajo social y, a su vez, es redeterminado por el marco de tiempo abstracto como nivel de base de la productividad. Los cambios en el tiempo concreto efectuados por un incremento de la productividad están mediados por la totalidad social de una manera que los transforma en nuevas clases de tiempo abstracto (tiempo de trabajo socialmente necesario) que, a su vez, redeterminan la hora de trabajo social constante. Adviértase que, en tanto que el desarrollo de la productividad redetermina la hora de trabajo social, este desarrollo reconstituye, más que sustituye, el tipo de necesidad asociada a esa unidad temporal abstracta. Cada nuevo nivel de productividad es estructuralmente transformado en la presuposición concreta de la hora de trabajo social, permaneciendo la cantidad de valor producida por unidad de tiempo constante. En este sentido, el movimiento del tiempo es continuamente convertido en tiempo presente. En el análisis de Marx, la estructura básica de las formas sociales capitalistas es tal que la acumulación del tiempo histórico no socava, en y por sí misma, la necesidad representada por el valor, esto es, la necesidad del presente. Más bien, transforma la presuposición concreta de ese presente, reconstituyendo por ello de nuevo su necesidad. La necesidad presente no es “automáticamente” negada sino paradójicamente reforzada, es lanzada adelante en el tiempo como un presente perpetuo, como una aparente necesidad eterna.

Así, para Marx, la dinámica histórica del capitalismo es todo menos lineal y evolutiva. El desarrollo —que he fundamentado, en un nivel lógico muy abstracto, en el carácter dual del trabajo en el capitalismo— es a la vez dinámico y estático. Supone niveles cada vez más altos de productividad, pese a que el marco del valor es perpetuamente reconstituido de nuevo. Una consecuencia de esta peculiar dialéctica es que la realidad socio-histórica se constituye cada vez más en dos niveles muy diferentes. Por un lado, y como he señalado, el capitalismo supone una permanente transformación de la vida social —de la naturaleza, estructura e interrelaciones entre las clases sociales y otros grupos, así como de la naturaleza de la producción, transporte, circulación, formas de vida, tipos de familia, etc. Por otro lado, el despliegue del capital

implica la permanente reconstitución de su propia condición fundamental como rasgo inalterable de la vida social —a saber, que la mediación social se efectúe, en última instancia, por el trabajo. En el análisis de Marx, estos dos momentos —la transformación continua del mundo y la reconstitución del marco determinado por el valor— se hallan mutuamente condicionados e intrínsecamente relacionados: ambos están enraizados en las relaciones sociales alienadas constitutivas del capitalismo y juntos definen a esta sociedad.

El concepto marxiano de capital, examinado en este nivel sumamente fundamental, es un intento por captar la naturaleza y el desarrollo de la sociedad capitalista moderna en términos de *ambos* momentos temporales, un intento de analizar el capitalismo como una sociedad dinámica, en constante flujo y que, no obstante, mantiene su identidad subyacente. La aparente paradoja del capitalismo, dentro de este marco, es que, al contrario que otras formaciones sociales, posee una dinámica histórica inmanente. Esta dinámica, sin embargo, se caracteriza por la traducción constante del tiempo histórico en el marco del presente, reforzando por ello ese presente.

Analizar la sociedad capitalista moderna en términos de la dominación del valor (y, por ende, de la dominación del capital) supone de hecho analizarla en términos de dos modos de dominación social abstracta aparentemente opuestas: la dominación del tiempo abstracto como presente y como proceso necesario de transformación permanente. Ambos modos de dominación abstracta, así como su interrelación intrínseca, son aprehendidas por la “ley del valor” marxiana. He señalado que esta “ley” es dinámica y no puede ser aprehendida adecuadamente como una ley del mercado: llegados a este punto puedo añadir que aprehende categorialmente la marcha hacia niveles cada vez más altos de productividad, la permanente transformación de la vida social en la sociedad capitalista, así como la permanente reconstitución de sus formas sociales básicas. Muestra que el capitalismo es una sociedad marcada por una dualidad temporal —por un lado, un fluir permanente y acelerado de la historia y, por el otro, una permanente conversión de este movimiento del tiempo en un presente constante. Aunque socialmente constituidas, ambas dimensiones temporales se escapan al control de los actores constituyentes, ejerciendo una dominación sobre ellos. Así pues, la ley del valor de Marx, lejos de ser una ley de equilibrio estático, aprehende, como “ley” determinada de la historia, la dinámica dialéctica de la transformación y reconstitución característica de la sociedad capitalista.

El análisis del capitalismo en términos de estos dos momentos de la realidad social sugiere, no obstante, que puede resultar muy difícil aprehender ambos

simultáneamente. Dado que tantos aspectos de la vida social son transformados cada vez más rápidamente a medida que se desarrolla el capitalismo, las estructuras subyacentes inalterables de dicha sociedad —por ejemplo, el hecho de que el trabajo sea un medio de vida indirecto para los individuos— pueden ser consideradas aspectos eternos, socialmente “naturales”, de la condición humana. Como resultado, se puede velar la posibilidad de un futuro cualitativamente diferente de la sociedad moderna.

Esta breve investigación de la dialéctica entre las dos dimensiones de las formas básicas de la sociedad capitalista ha mostrado cómo, según el análisis de Marx, la producción basada en el gasto de tiempo abstracto presente y la basada en la apropiación del tiempo histórico no son modos de producir claramente diferenciados en el capitalismo (diferenciación por la cual el último reemplazaría gradualmente al primero). Más bien, se trata de momentos del desarrollo del proceso capitalista de producción que interactúan de manera que constituyen este proceso. Por consiguiente, la producción en el capitalismo no se desarrolla de una manera lineal. La dinámica dialéctica origina, sin embargo, la posibilidad histórica de que la producción basada en el tiempo histórico pueda constituirse de manera separada de la producción basada en el tiempo presente —y de que esta interacción alienada entre pasado y presente, característica del capitalismo, pueda ser superada. Esta posible separación futura es la que permite distinguir entre los dos momentos de la esfera de la producción en el presente, esto es, en la sociedad capitalista.

Llegados a este punto, puedo regresar a la categoría de tiempo de trabajo socialmente necesario. Hemos visto que esta categoría representa la transformación del tiempo concreto en tiempo abstracto en el capitalismo, y, como tal, expresa una coacción temporalmente normativa. Mi examen preliminar de la dinámica inmanente del capitalismo mostraba cómo esta coacción objetiva e impersonal, ejercida sobre los individuos, no es estática sino que se reconstituye continuamente a lo largo de la historia. Los productores no sólo son forzados a producir de acuerdo con una norma temporal abstracta, sino que deben hacerlo de una manera históricamente adecuada: se ven forzados a “mantenerse al día”. La gente, en una sociedad capitalista, se enfrenta a una clase de necesidad social abstracta, históricamente determinada, cuyas determinaciones cambian a lo largo de la historia —esto es, se enfrenta a un tipo socialmente constituido de necesidad histórica. La noción de necesidad histórica tiene otro significado, por supuesto: que la historia se mueve necesariamente de una manera determinada. Este debate sobre las categorías iniciales de Marx mostraba que, según su análisis, estos dos aspectos de la necesidad histórica —la coacción cambiante enfrentada a los individuos y

la lógica intrínseca que impulsa a la totalidad— son expresiones afines de mismo modo de vida social<sup>16</sup>.

Últimamente, esta investigación implica que la categoría de tiempo de trabajo socialmente necesario tiene también otra dimensión. Dado que el valor es la forma de la riqueza social en el capitalismo, el tiempo de trabajo socialmente necesario debería ser comprendido como socialmente necesario en un sentido adicional: implícitamente se refiere al tiempo de trabajo necesario para el capital y, por ende, para la sociedad en tanto que capitalista, esto es, en tanto que está estructurada por el valor como forma de la riqueza y por el plusvalor como objetivo de la producción. Este tiempo de trabajo, en consecuencia, es la expresión de un tipo supraordenado de necesidad tanto para la sociedad capitalista en su conjunto como para los individuos, y no debe ser confundido con la clase de necesidad que Marx refiere con su distinción entre el tiempo de trabajo “necesario” y el tiempo de trabajo “excedente”. Como hemos visto, esta es una distinción entre la parte de la jornada de trabajo en la que los trabajadores trabajan para su propia reproducción (tiempo de trabajo “necesario”) y la parte que es apropiada por los representantes del capital (tiempo de trabajo “excedente”)<sup>17</sup>. En este sentido, ambos tiempos de trabajo, “necesario” y “excedente”, están subsumidos en el “tiempo de trabajo socialmente necesario” en todas sus ramificaciones.

Así pues, la categoría de valor, en su oposición a la de riqueza material, significa que el tiempo de trabajo es la materia de la que se componen la riqueza y las relaciones sociales en el capitalismo. Se refiere a un modo de vida social en la que los seres humanos son dominados por su propio trabajo y se ven forzados a mantener esta dominación. Los imperativos fundamentados en esta forma social, como debatiré ulteriormente, impulsan rápidos incrementos en el desarrollo tecnológico y una pauta necesaria de “crecimiento” permanente. No obstante, perpetúan también la necesidad del trabajo humano inmediato para el proceso de producción, independientemente del grado de desarrollo tecnológico y de la acumulación de riqueza material. Según Marx, como fundamento definitivo de estos imperativos históricamente específicos, ese trabajo, en su carácter dual como actividad productiva y como “sustancia” social

---

<sup>16</sup> Debería quedar claro que el tipo de necesidad histórica fundamentada socialmente por las categorías marxianas está relacionada con el desarrollo de la formación social como totalidad. No se refiere directamente a los desarrollos políticos en países o entre países, por ejemplo. Estos podrían ser investigados, posiblemente, en términos de la “meta-lógica” histórica analizada por Marx. Pero hacerlo sin considerar las mediaciones necesarias y los factores contingentes sería caer en el reduccionismo. Del mismo modo, criticar el análisis de Marx desde el punto de vista de un plano más contingente del desarrollo histórico es confundir niveles de análisis y realidad social, que deberían distinguirse.

<sup>17</sup> Marx, K., *Capital*, vol. 1, pág. 324-25 [260-261].

históricamente específica, constituye la identidad del capitalismo.

Ya debería quedar claro que la compleja dinámica que he estado investigando es el núcleo esencial de la dialéctica marxiana de las fuerzas productivas y las relaciones de la producción en el capitalismo. Mi lectura indica, primero, que esta dialéctica está enraizada en el carácter dual de las formas sociales que constituyen la sociedad capitalista —en las dimensiones del valor y del valor de uso del trabajo y del tiempo socialmente constituido; y, segundo, que perpetúa la coacción abstracta de la necesidad temporal tanto en su dimensión estática como en la dinámica. Al fundamentar los rasgos básicos de esta dialéctica en un nivel lógico tan abstracto, he mostrado que, en el análisis de Marx, dicha dialéctica no está enraizada ni en una contradicción, supuestamente fundamental, entre producción y distribución, ni en la propiedad privada de los medios de producción —es decir, en el conflicto de clases, sino que surge más bien de las formas sociales peculiares constituidas por el trabajo en el capitalismo que estructuran dicho conflicto. Esta comprensión de la pauta desarrollista y posible negación de la sociedad capitalista difiere en gran medida de la asociada a aproximaciones derivadas de la noción de “trabajo” que definen la dialéctica contradictoria del capitalismo en términos tradicionales.

Hemos visto, aunque sólo sea en un nivel lógico preliminar, cómo las dos dimensiones del trabajo social se redeterminan y refuerzan mutuamente de manera dinámica. Sin embargo, en mi debate sobre las diferencias entre la producción basada en la apropiación del tiempo histórico y aquella basada en el gasto de tiempo abstracto presente, también mostraba que estas dos dimensiones son fundamentalmente diferentes. En el análisis de Marx, el fundamento para el carácter contradictorio del capitalismo reside, precisamente, en el hecho de que, si bien estas dos dimensiones son muy diferentes están, no obstante, ligadas entre sí como dos momentos de una forma social única (históricamente específica). El resultado es una interacción dinámica en la que estos dos momentos se redeterminan mutuamente y de tal manera que su diferencia se convierte en una creciente oposición. Esta ascendente oposición dentro de un marco común no desemboca, como he mostrado en un nivel muy abstracto, en ningún tipo de desarrollo evolutivo lineal por el cual la base subyacente del presente resulte superada y sustituida cuasi-automáticamente. Incluso en este nivel se puede ver que desembocaría en una creciente tensión estructural intrínseca.

En la interpretación tradicional, las relaciones capitalistas de producción siguen siendo extrínsecas al proceso de producción, el cual está constituido por el “trabajo”. La

contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción es, en consecuencia, vista como una contradicción entre producción y distribución, esto es, *entre* “instituciones” y ámbitos socialmente existentes. En el marco desarrollado en esta obra, sin embargo, esta contradicción se establece *dentro* de estas “instituciones”, ámbitos y procesos. Esto supone que el proceso capitalista de producción, por ejemplo, debe ser entendido en términos sociales, tanto como técnicos. Como desarrollaré más tarde, incluso la forma material de este proceso puede ser socialmente analizada en términos de una creciente tensión estructural interna, como la “presión hacia el recorte” que resulta de los dos imperativos estructurales de la dialéctica de la transformación y la reconstitución: alcanzar niveles de productividad siempre superiores y producir un plusvalor.

Así pues, la no identidad de las dos dimensiones de las formas estructurales básicas del capitalismo es la que impone una dinámica dialéctica intrínseca a la formación social y la que se despliega como su contradicción básica. Esta contradicción conforma los procesos sociales e instituciones en la sociedad capitalista, al tiempo que fundamenta la posibilidad inmanente de su negación histórica.

Mi análisis de la dialéctica entre el trabajo y el tiempo mostraba claramente que Marx, lejos de adoptar el trabajo y la producción como el punto de partida para una crítica histórica del capitalismo, centra su análisis inicial, precisamente, en el papel socialmente constitutivo desempeñado por el trabajo en dicha sociedad. Por tanto, la idea de Marx de que el carácter contradictorio del capitalismo da origen a una creciente tensión entre lo que es y lo que podría ser, no presenta la producción industrial y el proletariado como elementos de un futuro post-capitalista. En la comprensión de Marx, la contradicción básica del capitalismo no se da entre una estructura o grupo social existente y otro, sino que se fundamenta más bien en el propio ámbito capitalista de producción, en el carácter dual del ámbito de la producción en una sociedad cuyas relaciones esenciales están constituidas por el trabajo.

La contradicción fundamental del capitalismo, pues, radica entre las dos dimensiones del trabajo y el tiempo. Sobre la base de la investigación hasta ahora desarrollada, puedo describir esta contradicción como una contradicción entre conocimiento socialmente generales y cualificaciones cuya acumulación es inducida por la forma de las relaciones sociales mediadas por el trabajo, por un lado, y este mismo tipo de mediación, por el otro. Aunque la base de valor del presente y, por ende, la necesidad abstracta expresada por el tiempo de trabajo socialmente necesario, nunca

sean automáticamente superadas, entran en una creciente tensión con las posibilidades intrínsecas al desarrollo que ha inducido.

Elaboraré esta contradicción más abajo, pero en este punto quisiera volver a la cuestión de la dialéctica histórica. La interpretación que aquí he presentado amplía el alcance de esta dialéctica más allá de la época de *laissez-faire* del capitalismo, pero también la limita a la formación social capitalista. Mi análisis de las categorías iniciales de Marx mostraba, aunque sólo de manera abstracta, que esta concepción del carácter dual de las formas sociales estructurales del capitalismo implica una dialéctica histórica. Al fundar socialmente la dinámica dialéctica direccional de una manera que la especifique históricamente como un rasgo de la sociedad capitalista, esta investigación refuerza mi aseveración sobre la determinación histórica de las categorías de Marx y de su concepción de una lógica inmanente en la historia.

También ayuda a distinguir tres tipos de interacciones dialécticas que están entrelazadas en el análisis de Marx. La primera, que es la más conocida y la más comúnmente aludida, puede ser caracterizada como una dialéctica de la constitución reflexiva a través de la objetivación. Se expresa, por ejemplo, en el planteamiento de Marx, al principio de su discusión del proceso de trabajo en *El Capital*, referido a que los sujetos, al actuar sobre la naturaleza externa transformándola, transforman también su propia naturaleza<sup>18</sup>. En otras palabras, para Marx, el proceso de auto-constitución supone un proceso de externalización, tanto para la humanidad como para los individuos. Las cualificaciones y habilidades están constituidas prácticamente mediante su expresión. La concepción de Marx de la historia ha sido entendida frecuentemente en términos de tal proceso<sup>19</sup>. Sin embargo, mi debate sobre el carácter dual de las formas sociales del capitalismo ha demostrado que este proceso de auto-constitución por el trabajo, incluso cuando el trabajo es entendido ampliamente como cualesquiera actividades externalizadoras, no implica necesariamente un desarrollo histórico. Por ejemplo, las interacciones materiales de la humanidad con la naturaleza no tienen por qué ser direccionalmente dinámicas, no existe un fundamento teórico, ni pruebas históricas, para mantener que los efectos reflexivos de las objetivaciones del trabajo concreto tengan que ser direccionales. Los tipos de necesidad inmanente y lógica direccional que son centrales para el desarrollo dialéctico que he estado examinando, no son intrínsecos a las

---

<sup>18</sup> Ibid., pág. 283 [215].

<sup>19</sup> Lukács puede ser interpretado así: véase “Reification and the Consciousness of the Proletariat”, págs. 145-49, 175-81, 185-90.

interacciones de un sujeto consciente con sus objetivaciones —ya sean estas interacciones entendidas individualmente o en términos de las interacciones de la humanidad con la naturaleza. En otras palabras, una lógica direccional no es intrínseca a aquellas actividades que pueden ser calificadas como tipos de trabajo concreto.

Una segunda interacción dialéctica en la teoría madura de Marx es la que se establece en la constitución recíproca de determinados tipos de práctica social y la estructura social. Como he señalado, en *El Capital*, Marx empieza a desarrollar una dialéctica compleja entre estructuras profundas y prácticas, mediada por las modalidades de aparición de la primera, así como por las dimensiones subjetivas de las diversas formas sociales. Tal análisis permite superar teóricamente las interpretaciones objetivistas y subjetivistas de la vida social para revelar los momentos válidos y los aspectos distorsionados de cada una de ellas<sup>20</sup>. No obstante, este tipo de dialéctica no tiene por qué ser necesariamente direccional, pudiendo implicar la reproducción de un modo de vida social que no tiene una dinámica histórica intrínseca<sup>21</sup>.

Ambas interacciones dialécticas pueden existir de alguna manera en diferentes sociedades. Lo que distingue al capitalismo, según Marx, es que ambas se vuelven direccionalmente dinámicas ya que se encuentran insertas en, y entrelazadas con, un marco intrínsecamente dinámico de relaciones sociales objetivadas que es constituido por una tercera especie de interacción dialéctica —enraizada en el carácter dual de las formas sociales subyacentes. Como resultado, las estructuras sociales del capitalismo, que constituyen y se encuentran constituidas por la práctica social, son dinámicas. Más aún, dado que las relaciones intrínsecamente dinámicas que caracterizan al capitalismo se encuentran mediadas por el trabajo, la interacción de la humanidad con la naturaleza adquiere una dinámica verdaderamente direccional en el capitalismo. Lo que en definitiva da origen a esta dinámica histórica, sin embargo, es el carácter dual del trabajo en el capitalismo y no el “trabajo”. Esta estructura direccionalmente dinámica también totaliza y vuelve dinámico el antagonismo entre los colectivos sociales productores y expropiadores. En otras palabras, constituye tal antagonismo como un conflicto entre

---

<sup>20</sup> Por ejemplo, el análisis de Marx del valor y el precio señala el “núcleo racional” de las aproximaciones basadas en la premisa del individualismo metodológico o de la noción de que los fenómenos sociales son los resultados agregados de la conducta individual. Al mismo tiempo, el análisis de Marx emplaza históricamente tales aproximaciones al mostrar la constitución social históricamente específica de aquello que consideran como socialmente ontológico (por ejemplo, el actor racional maximizador).

<sup>21</sup> El examen de Pierre Bourdieu de la sociedad de la Kabalia es un buen ejemplo de análisis de la reproducción de tales formas de vida social en términos de una dialéctica, mutuamente constituyente, entre estructura y práctica (como una dialéctica entre estructura, hábito y práctica): véase *Outline of a Theory of Practice*, trad. Richard Nice (Cambridge, 1977).

clases.

Así pues, mi investigación de las implicaciones de la dimensión temporal del valor mostraba que el análisis de Marx descubre la base de una lógica dialéctica desarrollista en formas sociales históricamente específicas. Por tanto, su análisis muestra que existe de hecho un tipo de lógica en la historia, de necesidad histórica, pero que es inmanente sólo a la formación social capitalista, y no a la historia humana como conjunto. Esto supone que la teoría social crítica de madurez de Marx no hipostasia la historia como un tipo de fuerza que mueve a todas las sociedades humanas. No presupone que exista una dinámica direccional de la historia en general. Más bien, trata de explicar la existencia del tipo de dinámica direccional permanente que define a la sociedad moderna, y lo hace en términos de formas sociales históricamente determinadas constituidas por el trabajo en un proceso de alienación<sup>22</sup>. Este análisis implica que toda teoría que proponga una lógica inmanente a la historia como tal —ya sea dialéctica o evolucionista— sin fundamentar (lo cual parece una proposición improbable) esta lógica en un proceso determinado de constitución social proyecta como historia de la humanidad cualidades específicas del capitalismo. Esta proyección, necesariamente, oscurece la verdadera base social de una dinámica direccional de la historia. El proceso histórico queda, por tanto, transformado de objeto de análisis social en presuposición cuasi-metafísica.

---

<sup>22</sup> La noción de que la forma mercancía es el fundamento definitivo para la compleja dinámica histórica del capitalismo pone en duda toda oposición transhistórica entre una concepción de la historia, como un proceso único y homogéneo, y otra que la concibe como el resultado de las intersecciones de una diversidad de procesos sociales con sus propias temporalidades. Mi tentativa de fundamentar socialmente —en un nivel lógico muy abstracto— el carácter históricamente dinámico del capitalismo sugiere que, aunque el capitalismo no se caracteriza necesariamente por un proceso histórico homogéneo, sincrónico y unitario, se distingue, en tanto conjunto históricamente dinámico, de las otras formas de vida social. Las relaciones entre los diversos niveles y procesos sociales están organizadas de una manera diferente a la que lo estarían en una sociedad no capitalista. Están insertas en un marco dialéctico general, temporalmente direccional, constituido socialmente.